

DOMINGO 30 DEL TIEMPO ORDINARIO A

MATEO 22, 34-40

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Amarás a tu prójimo como a ti mismo.



Primera Lectura Lectura del libro del Éxodo (22,20-26):

Así dice el Señor: «No oprimirás ni vejarás al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en Egipto. No explotarás a viudas ni a huérfanos, porque, si los explotas y ellos gritan a mí, yo los escucharé. Se encenderá mi ira y os haré morir a espada, dejando a vuestras mujeres viudas y a vuestros hijos huérfanos. Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, cargándole intereses. Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de ponerse el sol, porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo, ¿y dónde, si no, se va a acostar? Si grita a mí, yo lo escucharé, porque yo soy compasivo.»

Salmo Sal 17,2-3a.3bc-4.47.51ab

R/. Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza

Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca,
mi alcázar, mi libertador. R/.

Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte.
Invoco al Señor de mi alabanza
y quedo libre de mis enemigos. R/.

Viva el Señor, bendita sea mi Roca,
sea ensalzado mi Dios y Salvador.
Tú diste gran victoria a tu rey,
tuviste misericordia de tu Ungido. R/.

Segunda Lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses

(1,5c-10):

Sabéis cuál fue nuestra actuación entre vosotros para vuestro bien. Y vosotros seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor, acogiendo la palabra entre tanta lucha con la alegría del Espíritu Santo. Así llegasteis a ser un modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya. Desde vuestra Iglesia, la palabra del Señor ha resonado no sólo en Macedonia y en Acaya, sino en todas partes. Vuestra fe en Dios había corrido de boca en boca, de modo que nosotros no teníamos necesidad de explicar nada, ya que ellos mismos cuentan los detalles de la acogida que nos hicisteis: cómo, abandonando los ídolos, os volvisteis a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y vivir aguardando la vuelta de su Hijo Jesús desde el cielo, a quien ha resucitado de entre los muertos y que nos libra del castigo futuro.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (22,34-40):

En aquel tiempo, los fariseos, al oír que Jesús había hecho callar a los saduceos, formaron grupo, y uno de ellos, que era experto en la Ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

«Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?»

Él le dijo: «»Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser.»

Este mandamiento es el principal y primero.

El segundo es semejante a él:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas.»



EL AMOR LO ES TODO

Los judíos llegaron a contar hasta seiscientos trece mandamientos que debían ser observados para cumplir íntegramente la Ley. Por eso no era extraño en los círculos rabínicos hacerse preguntas como la que plantean a Jesús en un intento de buscar lo esencial: ¿qué mandamiento es el primero de todos?

Jesús responde de manera clara y precisa: «El primero es: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser”. El segundo es este: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que estos». ¿Cómo escuchar hoy estas palabras fundamentales de Jesús?

Hay algo que se nos revela con toda claridad: el amor lo es todo. Lo que se nos pide en la vida es amar. Ahí está la clave. Podremos luego sacar toda clase de consecuencias y derivaciones, pero lo esencial es vivir ante Dios y ante los demás en una actitud de amor. Si pudiéramos actuar siempre así, todo estaría salvado. Nada hay más importante que esto, ni siquiera la práctica de una determinada religión.

Pero, ¿por qué el amor es la fuerza que da sentido, verdad y plenitud a la vida? Esta centralidad del amor se arraiga, según la fe cristiana, en una realidad: Dios, el origen de toda vida, él mismo es amor. Esa es la definición osada e insuperable de la fe cristiana: «Dios es amor» (1 Juan 4,8). Por decirlo de alguna manera, aunque sea deficiente, Dios consiste en amar; Dios no sabe, no quiere y no puede hacer otra cosa que amar. Podemos dudar de todo, pero de lo que no hemos de dudar nunca es de su amor.

Precisamente por esto, amar a Dios es encontrar nuestro propio bien. Lo que da verdadera gloria a Dios no es nuestro mal, sino nuestra vida y plenitud. Quien ama a Dios y se sabe amado por él con amor infinito aprende a mirarse, estimarse y cuidarse con verdadero amor. Qué fuerza y dinamismo genera en nosotros esta peculiar manera de entendernos. Cuántos miedos y angustias se diluyen dentro de nosotros. Qué diferente es la vida cuando la persona aprende a decir: «Señor, que se haga tu voluntad, porque así se va forjando también mi bien».

Por otra parte, es entonces cuando se comprende en su verdadera profundidad el segundo mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Quien ama a Dios sabe que no puede vivir en una actitud de indiferencia, despreocupación u olvido de los demás. La única postura humana ante cualquier persona que encontremos en la vida es amarla.

Esto no significa que se haya de vivir de la misma forma la intimidad con la esposa, la relación con el cliente o el encuentro fortuito con alguien en la calle. Lo que se nos pide es actuar, en cada caso, buscando positivamente el bien que queremos para nosotros mismos. En unos tiempos en que parece cuestionarse todo, es bueno recordar que hay algo incuestionable: el hombre es humano cuando sabe vivir amando a Dios y a su prójimo.

José Antonio Pagola

L'AMOUR EST TOUT

Les Juifs en étaient arrivés à compter jusqu'à six cent treize commandements qui devaient être observés pour respecter pleinement la Loi. Il n'était donc pas rare dans les cercles rabbiniques de se poser des questions telles que celles posées à Jésus dans une tentative de rechercher l'essentiel: quel est le premier commandement?

Jésus répond de manière claire et précise: «Le premier est: Tu aimeras le Seigneur, ton Dieu, de tout ton coeur, de toute ton âme, de toute ta force. Le second est celui-ci: Tu aimeras ton prochain comme toi-même. Il n'y a pas de commandement plus grand que ceux-là». Comment écouter aujourd'hui ces paroles fondamentales de Jésus?

Une chose nous apparaît clairement: l'amour est tout. Ce qui nous est demandé dans la vie, c'est d'aimer. C'est là la clé. Nous pouvons ensuite en tirer toutes sortes de conséquences et de déductions, mais l'essentiel est de vivre devant Dieu et devant les autres dans une attitude d'amour. Si nous pouvions toujours agir ainsi, tout serait sauvé. Il n'y a rien de plus important que cela, pas même la pratique d'une religion particulière.

Mais pourquoi l'amour est-il la force qui donne sens, vérité et plénitude à la vie? Cette centralité de l'amour s'enracine, selon la foi chrétienne, dans une réalité : Dieu, l'origine de toute vie, est lui-même amour. Telle est la définition audacieuse et inégalable de la foi chrétienne: «Dieu est amour» (1 Jean 4, 8). Pour le dire d'une manière imparfaite, Dieu consiste à aimer ; Dieu ne sait pas, ne veut pas et ne peut rien faire d'autre qu'aimer. Nous pouvons douter de tout, mais nous ne devons jamais douter de son amour.

C'est précisément pour cela qu'aimer Dieu, c'est trouver notre propre bien. Ce qui rend Dieu véritablement glorieux, ce n'est pas notre mal, mais notre vie et notre plénitude. Celui qui aime Dieu et se sait aimé de lui d'un amour infini apprend à se regarder, à s'estimer et à prendre soin de lui-même avec un amour véritable. Quelle force et quel dynamisme génère en nous cette manière particulière de nous comprendre!

Combien de peurs et d'angoisses se dissolvent en nous! Comme la vie est différente quand on apprend à dire: «Seigneur, que ta volonté soit faite, car c'est ainsi que se forge aussi mon bien».

C'est alors que l'on comprend dans toute sa profondeur le deuxième commandement: «Tu aimeras ton prochain comme toi-même». Celui qui aime Dieu sait qu'il ne peut pas vivre dans l'indifférence, l'insouciance ou l'oubli des autres. La seule attitude humaine face à toute personne que nous rencontrons dans la vie est de l'aimer.

Cela ne signifie pas qu'il faille vivre de la même manière l'intimité avec son épouse, la relation avec un client ou la rencontre fortuite avec quelqu'un dans la rue. Ce qui nous est demandé, c'est d'agir, dans chaque cas, en recherchant positivement le bien que nous voulons pour nous-mêmes. À une époque où tout semble remis en question, il est bon de rappeler qu'il existe quelque chose d'incontestable: l'homme est humain lorsqu'il sait vivre en aimant Dieu et son prochain.

José Antonio Pagola Traducteur: **Carlos Orduna**